



DISCURSO JOSÉ MIGUEL SÁNCHEZ LLORENTE, CONSEJERO DELEGADO DE CURSOS INTERNACIONALES

Ilustrísimo y magnífico señor Rector de la Universidad de Salamanca, Excelentísima Vicerrectora de Internacionalización, Excelentísimo Vicerrector para la Conmemoración del VIII Centenario, Sr. Andrés Ordóñez que nos acompaña en esta ocasión y encumbra más si cabe este acto con su presencia.

Distinguidas personalidades, Jefa del área académica, queridos compañeros y amigos de Cursos Internacionales,

Jefes de grupo, alumnos y demás asistentes a la apertura de la quincuagésimo cuarta edición de la sesión de verano de los Cursos internacionales de la Universidad de Salamanca.

Por cuarto año me enfrento a este micrófono y a la necesidad de transmitirles lo que significa la Universidad de Salamanca para todos nosotros.

Si no les importa, les voy a contar una aventura, pues esta será la palabra que me acompañe a lo largo y ancho de este discurso. Es una aventura con muchos protagonistas, y en la que ustedes, también van a intervenir, no sabemos si en mayor o menor medida.

Es de cumplida obligación comenzar por citar nuestro próximo aniversario. Casi Ochocientos años nos contemplan y el próximo completará los ocho



siglos. De mente cuadrículada, casi diría Sheldoniana, tuve que buscar ayuda en mi compañero Alberto, soporte del equipo de innovación en Cursos Internacionales y juntos, apoyarnos en las palabras de los maestros que pasaron por nuestras aulas.

“Hic salutari consilio evocavit magistros peritissimos in Sacris Scripturis, et constituit Scholas fieri Salamanticae”

Por provechoso consejo llamó a maestros muy sabios en las sagradas escrituras y estableció que se hiciesen escuelas en Salamanca’.

Esta es la primera referencia escrita a nuestros orígenes. La encontramos en el *Chronicon mundi* de Lucas de Tuy, *El Tudense*, obra publicada en 1236 que pone voz al rey Alfonso IX de León que 18 años antes, en 1218, había fundado las **“Scholas Salamanticae”**, germen de la actual Universidad de Salamanca. Comenzaba así una aventura, inicio de la que yo les cuento, destinada a durar, como mínimo, ocho siglos, una aventura en el más puro sentido etimológico de una voz originada en la latina *adventura*, ‘lo que está por venir’. Y de esa aventura, de ese pasado y de ese presente, que no son otra cosa que futuro, quería hablarles hoy aquí... pues todos somos protagonistas convidados y los que vinieron antes que yo me ahorrarán el trabajo.

Así, la bienvenida corre a cargo de las palabras del Rey Alfonso X de Castilla y de León. Las escribió, mediado el siglo XIII, en *Las siete partidas*, No cabe duda de que estaba pensando en Salamanca y en ustedes:



“De buen ayre et de fermosas salidas debe seer la villa do quieren establecer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes et los escolares que los aprendan vivan sanos, et en él puedan folgar e rescebir placer a la tarde quando se levantaren cansados del estudio: et otrosí debe seer abondada de pan, et de vino et buenas posadas en que puedan morar y pasar su tiempo sin gran costa”.

Ya tenía razón “el Sabio” hace ocho siglos, porque en Salamanca, queridos amigos, van a poder folgar, ya lo comprobarán, y solazarse de manera regalada tras las horas de estudio, y disfrutar de buenas viandas y cómodas moradas. Lo dijo un rey, y nosotros ... a mandar que para eso estamos.

Han venido a aprender español o a aprender a enseñarlo, hermosa aventura que inició en esta casa el profesor Antonio Martínez de Cala y Jarava, más conocido como “Antonio de Nebrija”, quien en 1492 publicó la *Gramática de la lengua castellana*, la primera de una lengua neolatina y germen de las muchas que habrían de editarse andando los años. Hoy pisarán otras aulas, otros profesores se pondrán delante de ustedes, pero el espíritu y el objetivo de aquella venturosa empresa siguen siendo los mismos que el maestro sevillano dejó escritos en el prólogo del libro quinto, dedicado, precisamente, a la enseñanza de nuestra lengua a extranjeros.

Agora en este libro quinto, siguiendo la orden de la doctrina, daremos introducciones de la lengua castellana para el tercero género de ombres, los



cuales de alguna lengua peregrina querrán venir al conocimiento de la nuestra.

La lengua se encumbra durante el siglo XVI. El maestro Fray Luis de León la serena y nuestra universidad sigue siendo su principal faro. En un ambiente de inusitada modernidad florecen las gramáticas entre siglo y siglo. El extremeño Francisco Sánchez de las Brozas se empeña en demostrar – tomen buena nota, alumnos y profesores como si entrara para el examen– que la lengua es el más poderoso instrumento de comunicación que tenemos los seres humanos. En 1587, cuatro siglos antes de que la Universidad de Salamanca promoviera los métodos comunicativos y su propia metodología de enseñar español, “El Brocense” sostiene en su *Minerva* que *“El uso, en verdad, no se mueve sin razón; de lo contrario, habría que llamarlo abuso, no uso. Y la autoridad, a su vez, tiene sentido en el uso, ya que, si se aparta del uso, no hay tal autoridad”* y deja escrito que su objetivo es *mostrar que las reglas gramaticales son racionales y fáciles*. Piénsenlo ustedes cuando estén rodeados y a punto de caer en las garras del maléfico subjuntivo.

La aventura, esa palabra nexo de este discurso, fue guiando nuestros pasos hasta el siglo XVIII, ilustrado, erudito y curioso, con el irreductible y genial Torres Villarroel, con el *Parnaso* salmantino, con un enjambre de escritores zumbando por nuestras calles y por nuestras aulas, con su afán renovador de mentes, costumbres e idioma. Y los poetas, que no eran tan secos y circunspectos como los ha pintado la leyenda, y que se habían bebido con



deleite la vida de estudiantes, ya cantaban las delicias de la noche salmantina, los gozos de la vida más allá de las aulas.

Nosotros, en Cursos Internacionales, les enseñaremos español en la clase. Pero ustedes lo aprenderán en la calle. Esta es la crónica en verso que Juan Meléndez Valdés hacía de la famosa “marcha” salmantina hace dos siglos y medio. Bien poco ha cambiado desde entonces

*Muchacho soy y quiero
decir más apacibles
querellas y gozarme
con danzas y convites.*

*En ellos coronado
de rosas y alhelíes,
entre risas y versos
menudeo los brindis.*

*En coros las muchachas
se juntan por oírme,
y al punto mis cantares
con nuevo ardor repiten.*

*Pues Baco y el de Venus
me dieron que felice*



*celebre en dulces himnos
sus glorias y festines.*

Y pasó el romántico XIX, casi de incógnito, embozado con la capa de un estudiante de Salamanca, que bien podría no haber sido de ficción, Félix de Montemar, arrogante y libertino donjuán castellano. Tras él, subimos rodeados de sombras espectrales la calle del Ataúd (quizá la actual Calle de Jesús, búsqüenla estos días en sus paseos vespertinos) y él es quien nos conduce al camposanto de la ciudad, donde presenciamos su propio entierro. Aquí, en esta misteriosa ciudad aventurera, de cuevas y celestinas, de saberes nocturnos, mágicos y ocultos, que florecía a las orillas de su Universidad, situó Espronceda la acción de, *El estudiante de Salamanca*:

*Una calle estrecha y alta,
la calle del Ataúd,
cual si de negro crespón,
lóbrego eterno capuz
la vistiera, siempre oscura
y de noche sin más luz
que la lámpara que alumbra
una imagen de Jesús,
atraviesa el embozado,
la espada en la mano aún,
que lanzó vivo reflejo
al pasar frente a la cruz.*



Y llegó el siglo XX, y el viejo estudio salmantino siguió cobijando, permítanme que repita el vínculo, aventuras, y también voces y silencios, miedos y valentías, alegrías y penas. En esta misma sala, tras esta misma mesa, sostuvo la calma el sumo sacerdote Miguel de Unamuno ante la infamia incivil y los gritos dementes y necrófilos. Y en esta misma sala algunos años antes, pronunció don Miguel el discurso inaugural del año académico 1900-1901. Sus palabras se quedaron flotando, y aún, si ponen un poco de atención, pueden oírse, como un eco mudo suspendido en el aire:

Los jóvenes que acudís hoy a estas aulas a que os traslademos lo que otros averiguaron o lo que de la realidad directamente hemos averiguado nosotros, tenéis que interrogar a la realidad misma que se abre liberal a quien la invoca. Pero es preciso que la miréis cara a cara y sin interposición de librescos prejuicios, es menester que las lentes de las doctrinas recibidas no estén ahumadas adrede o por descuido. Las disciplinas que aquí se os transmiten son un legado de los siglos, recordatorio de la humanidad, es cierto, pero también lo es, y con mayor plenitud aún, la realidad exterior concreta, la actualidad palpitante. En la vida común que os rodea, en las costumbres a que todos por hábito adaptamos nuestra conducta, en lo que sucede en la plaza, en el mercado, en la feria, en el templo, en el hogar o en la campiña, late el pasado más vivo aún que en todos los libros, crónicas y documentos, donde de ordinario no quedó más que su engañoso y deformado trasunto.



La aventura de Cursos Internacionales comenzó el verano de 1929. Eran los tiempos en que la matrícula para julio y agosto costaba 30 pesetas (18 céntimos de euro, unos 20 centavos de dólar) y los hoteles entre 5 y 15 pesetas diarias (entre tres y nueve céntimos de euro, unos 10 centavos de dólar).

Les abrimos nuestra ciudad; les abrimos nuestra casa; les abrimos nuestros brazos. Les abrimos nuestra Universidad, que es al fin y al cabo lo mismo. Y, como regalo de bienvenida, les ofrecemos algo muy especial, un tesoro que guardamos como oro en paño: el consejo que dejó escrito en nuestra revista *Marcapasos* el profesor Francisco Tomás y Valiente el ocho de julio de 1988, ocho años antes de que unos “acobardados”, antónimo de aventureros, segaran su vida y dieran aún más fuerza a su palabra.

He vivido dieciséis años en Salamanca. Usted, visitante amigo y desconocido, acaba de llegar tal vez. Quizás se quede años, acaso vuelva cada verano. Porque Salamanca convida a la permanencia o al regreso. Aproveche el tiempo. Pasee por sus calles. Aprecie la luz de cada hora, el cambiante color de cada piedra, aprenda a visitar cada rincón con el sol adecuado. Disfrute de tertulias placenteras, pregunte por la historia de una Universidad varias veces centenaria, estudie en sus aulas y respire el ambiente de una ciudad, que, si en alguna ocasión no ha prestado la atención debida a la Universidad, es porque todos tendemos a olvidarnos de nosotros mismos



La aventura no para. Nos acompaña desde 1218 y me ha guiado desde el inicio de mis palabras. Hoy estudian español con nosotros en Salamanca unos 7500 estudiantes y adicionalmente casi 10.000 lo hacen en línea. Pertenecen a los cinco continentes y más de 100 nacionalidades. El año que viene convocaremos a todos los antiguos alumnos que eligieron el Estudií Salamantini para aprender español. Volveremos a recibirlos tras 20, 30, quizá 40 años desde su primera vez. Pero no lo duden, al igual que antaño, al igual que experimentarán ustedes, vivirán la magia de la aventura.

Sean ustedes muy bienvenidos a la quincuagésimo cuarta edición de los cursos de verano de la Universidad de Salamanca.